

Historias del Paraíso



Xavier Sarrià

HISTORIAS DEL PARAÍSO



LA TRADUCCIÓN DE ESTA
OBRA HA SIDO AYUDADA POR



TÍTULO ORIGINAL
Històries del Paradís
Edicions Bromera, Valencia 2008

TRADUCIDO DEL CATALÁN POR
Roger Sarrià

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Marzo de 2011

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Xavier Sarrià
© DE LA TRADUCCIÓN: Roger Sarrià

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
San Isidro 35-1A
Apdo. 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 70 39 34
Fax 948 70 40 72
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Uxue Comunicación

IMPRESIÓN
RGM
Igeltzera poligonoa, 1bis, A1 pab.
48610 Urduliz - Bizkaia

ISBN
978-84-8136-574-0

DEPÓSITO LEGAL
BI-839 - 2011



Lo más importante no es la caída,
sino el aterrizaje.

LA HAINE

MIEDO

ESTOY ESCONDIDO EN UN ARMARIO. Oigo a la gente gritar. Son gritos confusos, borrosos. Los oigo pero no los distingo. No sé qué dicen. Estoy muy nervioso. Tiemblo. Las piernas me flaquean. Tengo ganas de llorar. Dios mío, ¿qué hago? No lo sé. Este sitio no es demasiado seguro. Será mejor que me mueva, que me vaya, que intente salir fuera. Aún tengo la imagen de la sangre y los gritos y todos huyendo y el cuerpo de la señorita Mälkki tendido en el suelo... Dios mío, ¿por qué? Todo ha sido muy rápido y caótico. He corrido entre los disparos, los gritos y la sangre y me he escondido en el armario de una clase. No sé ni cómo he llegado. Dios mío... Pero no me puedo hundir. Tengo que ser fuerte. Tengo que salir de aquí. Lo hago. Avanzo de rodillas entre las sillas y las mesas. Intento no hacer ruido. Respiro fuerte y rápido. Ya estoy en la puerta. Lo he conseguido. Y ahora, ¿la abro? No, no lo sé... O quizá sí... No lo sé, pero tendré que ser valiente.

Abro la puerta. Poco a poco. Trato de no hacer ruido. Pero chirría. La puta puerta... Los nervios me queman el estómago. Son como agujas. Asomo un poco la cabeza. Veo un pasillo largo y ancho. Está vacío. Miro a ambos lados. Nada extraño.

Está completamente vacío. Pero ahora empiezo a verlo todo borroso. Me suben las pulsaciones. ¿Por qué lo veo todo borroso? ¿Estaré herido? Me toco el cuerpo. No tengo ninguna herida, pero la camisa está manchada de sangre. Me asusto. Me viene aquella respiración entrecortada que hago antes de llorar. Tengo que mantener la calma. Me lo repito una y otra vez hasta que consigo serenarme. Asomo toda la cabeza por la puerta. Me sitúo. Veo las orlas de los antiguos alumnos. O sea que estoy en el tercer piso. Tendré que cruzar el pasillo para llegar al vestíbulo. Allí está la escalera que baja hacia la entrada principal. Vale. Ya sé dónde estoy. Pero, ¿y él? ¿Dónde estará? Ya no oigo gritos. Eso me pone aún más nervioso. Pero tengo que huir de ahí. Me decido. No tengo más opción.

¡Rápido! Los latidos me golpean el pecho. Me levanto y corro por el pasillo vacío. Los pasos resuenan y la respiración se amplifica. Alcanzo la pared del final y me detengo. Apoyo la espalda en ella y me vuelvo a agachar. Y, de repente, un disparo. ¡TA! Y otro ¡TA! Emiten un ruido aterrador, tanto como los gritos que les siguen. Y más gritos. Pero no sé de dónde vienen. Me quedo helado y respiro fuerte, muy fuerte, y saco mocos por la nariz. ¿Qué estará pasando? Me levanto de un salto y vuelvo a correr. Giro a la izquierda, cruzo otro pasillo y llego al vestíbulo. Veo la escalera y me abalanzo hacia ella. Bajo sin pensar, nervioso, confuso. Mis pies vuelan y me hacen saltar los peldaños de dos en dos, pero caigo y ruedo escalera abajo hasta que llego al segundo piso. Me he dado golpes en las piernas y en los brazos. Me levanto e intento seguir. Pero no puedo. Me quedo clavado. Un intenso pinchazo me atraviesa el tobillo. Doy un grito seco, ¡AAAAH!, mientras me pongo la mano en el pie. Me desequilibro y quedo tendido en el suelo. No puedo andar. Respiro fuerte, muy fuerte, y saco mocos por la nariz. Quiero levantarme: no puedo... ¡No me puedo mover! Los gritos son ahora más cercanos. Los oigo. Y bajan por la escalera.

¡Dios mío! ¿Bajan? Intento arrastrarme cogiéndome el pie. No me quedan muchas fuerzas, pero no tengo otra alternativa. Me acerco lentamente hacia la clase que hay frente a las escaleras. Me faltan unos diez metros. Allí estaré más seguro. El alboroto que viene de la escalera es cada vez más fuerte. Vuelvo a ver borroso. Resuenan las carreras de la gente. Se acercan. La tensión me ahoga. El sudor me empapa. Lo estoy logrando... El ruido de los que corren crece... Se acercan... Vamos... Se acercan aún más... Solo me faltan un par de metros... Ya llegan... Aparto la mano del tobillo y la alargo hasta el marco de la puerta... Ya están aquí. Los veo volar por las escaleras. Los reconozco a pesar de sus rostros desencajados. Los bramidos hacen temblar las paredes. Yo les grito desesperado, ¡EEEH! Quizá es mejor que alguien me coja de los hombros y me baje. La policía ya habrá llegado. Ahora más fuerte: ¡EEEH! No me oyen... Dios mío... ¿Nadie me oye? Pero, ¿qué digo? ¡Seré imbécil! ¿Cómo puedo querer que me lleven en brazos? Nos quedaríamos atrás... Seríamos una presa fácil... Dios mío... No debe de estar muy lejos... Me vuelvo a quedar solo.

Me agarro fuerte del marco de la puerta y me impulso poco a poco hacia dentro del aula. El tobillo me duele mucho pero consigo entrar. Me arrastro entre las sillas y las mesas. Ya no hay bullicio. El silencio me aprisiona. Ahora todo ha cambiado. Estamos él y yo. La presa y el cazador. O quizá no. Quizá hay alguien más como yo escondido en otras clases. Espero que sí, espero que se distraiga con ellos, que les... bueno... que se lo haga antes que a mí... Tengo escalofríos y respiro fuerte, muy fuerte. Me escondo detrás de la mesa de la profesora. Es más alta y ancha que las otras y tiene una madera que llega a los pies por la parte de delante. Aquí no me verá. Espero.

Pasan los segundos. Los minutos. No puedo evitar llorar. Pero lo hago casi en silencio mientras cierro los puños con rabia. No puedo hacer nada más. Me quedaré aquí escondido.

No hay otro camino. Esperaré a que pasen los policías y me rescaten. Solo deseo que lo hagan rápido, antes de que... Dios mío... ¡Ahora recuerdo aquel chico! He tenido un flash. Lo tengo visto del comedor. Siempre vestía de negro. No hablaba mucho. Dios mío... ¡Claro que sí! Ahora me acuerdo... Era aquel chico con quien se pelearon mis amigos en el comedor. Decía no sé que historias de la selección natural, de la sobrevaloración de la raza humana, de la muerte. Alguien me dijo que mirara sus videos en Internet... Sí, ahora lo recuerdo... Es él... Dios mío... Pero, ¿cómo ha sido capaz? Tiemblo.

No sé cuánto hace que estoy aquí escondido. Pero al menos veo un ángulo de la ventana. Está justo encima de mí, a la derecha. Eso me tranquiliza. Veo el cielo. Nieva, como siempre. Oigo un rumor desde el exterior. ¿Habrá llegado ya la policía? Ojalá. Intento levantarme medio metro. La distancia suficiente para mirar por la ventana. Asomo media cabeza y veo el revuelo que se ha montado ahí abajo. En la entrada del instituto hay decenas de coches y furgonetas de la policía. También tanquetas del ejército. Todos corren y se organizan. Llevan chalecos antibalas y grandes armas automáticas colgadas del cuello. Otro día me asustarían. Pero ahora me alivian el miedo. Lo suavizan. Lo controlan.

Un ruido. El corazón se me dispara. ¿Que habrá sido? ¿Quién lo habrá hecho? Me mareo. Otro ruido... Dios mío... ¿Serán pasos? Alguien ha entrado en el aula. Respiro rápido pero ahora trato de contener el ruido al máximo. Vuelvo a ver borroso. Otro paso. Silencio. Y otro. ¿Quién es? ¿Es él? Sea quien sea, camina muy lentamente. El corazón me va a estallar... Parece un cazador... ¿Me busca? ¿Será un policía? ¿Y si es otro alumno? Se acerca... Ya casi lo tengo encima... Le oigo respirar... ¿Me oirá él a mí? Me encojo aún más con los brazos contra las piernas. Se acerca más... Y más... Y de repente disparos. ¡TA-TA-TA-TA-TA-TA! Y más disparos. Y ahora ráfagas. La persona que hay en el aula corre hacia los disparos. Desaparece y me quedo solo con la cabeza entre las piernas. Y las

ráfagas cortas que hacen ¡TA-TA-TA-TA-TA-TA! Y los gritos de los policías que corren arriba y abajo por el edificio y el tiroteo que no cesa ¡TA-TA-TA-TA-TA-TA! Pero no dura demasiado. Después de la tormenta, el silencio.

Al cabo de un rato oigo a alguien que grita nombres. Yo chillo que estoy aquí escondido. Una profesora entra en la clase acompañada de un policía con ese chaleco antibalas y la gran arma automática colgada del cuello. Buscan bajo las mesas, entre las sillas, en los armarios y por fin me descubren acurrucado bajo la mesa. La profesora llora mientras me coge, me aprieta contra su pecho y me pasa la mano entre mis cabellos cortos. Está muy alterada. Mucho. Respira fuerte y saca mocos por la nariz. Yo ya no lo hago. Ahora estoy tranquilo. Mucho. No puedo dejar de mirar aquella gran arma automática del agente que acaba de entrar. Y cómo me atrae. Y cómo me llena de paz. Sí, mañana mismo me compraré una. Que sea bien grande. La esconderé debajo de la cama. La llevaré al colegio. Me protegerá.

EQUILIBRIO

La oscura escalera del deseo
no tiene barandilla.

MARÍA MERCÈ MARÇAL

CADA NOCHE SE BALANCEA SUAVEMENTE SOBRE EL VACÍO. POCO a poco, arriba y abajo, pegando su cuerpo lleno de cardenales al trapecio que la mantiene viva. Sin embargo, no puede mantener ese ritmo suave durante demasiado tiempo y pronto debe iniciar la serie de ejercicios. Debajo de ella, el público describe un gran círculo en forma de diana y murmura expectante. La trapecista es la elegida, la perla más valorada, la estrella de la noche. La única capaz de realizar la más grande de las piruetas con cara de ángel y cuerpo de purpurina.

Empiezan las primeras piruetas. Una, dos, tres, cuatro y hasta siete seguidas. El dolor crece pero ella lo disimula. La concurrencia grita: «¡Qué joya!». Los más pequeños hasta lloran de una forma que se confunde con la risa y que provoca extrañas muecas en su cara. El dueño del circo, gordo, con bigote y frac, también ha bajado a la arena. Se muerde las uñas con aquel movimiento nervioso que nunca ha llegado a controlar. Tras él, el domador de tigres de bengala, el que consigue que las fieras se amansen con un solo golpe de látigo, cruza los dedos. Más allá, el payaso de las dos caras opuestas golpea nervioso el gorro de goma sobre los anchos pantalones

de cuadros azules y naranja. Todos desean ver qué extremo es capaz de desafiar. Incluso las taquilleras y los acomodadores han detenido su trabajo para alzar la vista al cielo, al infinito, donde la trapecista se juega la vida intentando describir el círculo perfecto sobre el vacío.

En las largas tardes de ensayos siempre la alientan. Le susurran al oído «Eres una gran trapecista» y «aún podrías ir más lejos» y terminan con «¡venga, dalo todo, hazlo!». Esa presión agota a la trapecista pero a su vez le parece que si tanta gente se lo dice será porque no se esfuerza demasiado. ¿Debería de ensayar más? ¿Debería dedicar aún más horas a aquel movimiento tan comprometido y delicado y a su vez tan seco y doloroso con el que enloquecería a la audiencia? Y mientras lo piensa, se plantea si podrá soportar todo aquello y si definitivamente se atreverá a dar el salto adelante. Sobre todo cuando, como ahora, se encuentra ahí arriba, sola entre la vida y la muerte, y bajo el cielo nublado y gris que divisa por el cénit de la carpa de color púrpura estampada con estrellas de cinco puntas doradas.

«Hoy lo haré, hoy lo intentaré» y los movimientos se hacen más duros, más salvajes, más intencionados. Se eleva y toma fuerzas reculando hasta el límite. El público la anima y el jolgorio crece emocionado. Se para en seco y el gentío se queda en un silencio que en cuestión de medio segundo se convierte en un clamor ensordecedor: «¡Más, más!» y «¡Ánimo, tú puedes hacerlo!». Los acomodadores ya no saben dónde ponerse las manos de tan eufóricos, el dueño del circo y el domador se abrazan olvidando viejas rencillas y el payaso de las dos caras opuestas deja de golpear nerviosamente el sombrero de goma contra los pantalones azules y naranja para agitarlo al aire una y otra vez.

La carpa enmudece. La trapecista se deja ir y se desliza como una delicada pluma entre la nada. Todo parece detenerse en una pausa cósmica. Lentamente hace una pirueta mientras describe un ocho con los brazos y las piernas. Los

espectadores se congelan, los acomodadores se congelan, el dueño del circo se congela, el domador se congela, el payaso de las dos caras opuestas se congela, incluso el sudor que proyecta la trapecista queda congelado en el infinito. Afronta el doble mortal, se deja caer al suelo, amortigua el golpe con sus piernas delicadas y... ¡tachán! Abre los brazos y saluda con una elegante reverencia. Luego sonrío y se muerde los labios hinchados.

El circo tiembla con el ejercicio de la trapecista, la banda toca canciones de fiesta y parranda, el dueño se palpa el bolsillo, el domador llora y el payaso de las dos caras opuestas lanza el sombrero al aire. La trapecista calla, mira a la grada, da media vuelta y marcha hacia la caravana.

Al día siguiente, la televisión estatal difunde las imágenes de su marido. Una sábana blanca cubre el cuerpo tendido en medio de un charco de sangre en el sofá de la caravana. El mango de un cuchillo de cocina le sobresale a la altura del cuello. Al volante de su automóvil, la trapecista sonrío con los labios hinchados mientras mira de reojo a su hija de tres años que juega inocente con un oso de peluche en el asiento de atrás. «Por fin me he atrevido», piensa. «Por fin lo he conseguido».

FRAGILIDAD

EL MOSQUITO CADETE AVANZA ENTRE LA VEGETACIÓN de la frondosa selva. El paisaje es extraordinario. Miles de especies de árboles caracolean sus ramas hacia el cielo intentando buscar un espacio propio. Los rayos del sol se cuelan entre ellos formando colores y figuras que iluminan la hojarasca verde y roja y amarilla y marrón que cae y se esparce entre el musgo húmedo. Los animales escondidos en la espesura chillan de vez en cuando y los insectos los acompañan con sonidos repetitivos. Todos ellos conforman un zumbido de sonoridades intensas, armónicas y exultantes de vida.

Mientras se cuela entre las rendijas que dejan las lianas, el mosquito cadete piensa que no se puede ser más feliz si se es un mosquito cadete y le dejan volar libre por primera vez más allá de los límites del paraíso en el que habita.

De repente, sin embargo, los árboles se esfuman y un claro en forma de huevo se abre en un extraño campamento lleno de cabañas de madera con hojas y redes de los colores de la selva y rodeadas por grandes alambradas metálicas. El mosquito cadete, asombrado por el hallazgo, decide sobrevolar aquel extraño lugar e investigar los secretos que esconde. En-

tra en una de las cabañas, extremando la precaución para no ser descubierto, y se topa con una mesa, una silla y una joven hembra humana tecleando compulsivamente una máquina de escribir. La curiosidad fue una de las cualidades que le permitieron acceder al rango de cadete y por eso no duda en acercarse a su brazo. Una vez allí cierra las alas, agudiza la vista y prueba a leer con disimulo aquello tan misterioso que escribe:

INFORME DE GUERRA

Comando Conjunto Adán Izquierdo

El día 2 de septiembre a las 02:00 horas, en el sitio Cinta Alta, sendero Palmeras, del municipio de Pijao, departamento del Quindío, combatientes del Comando asaltaron patrulla del batallón de alta montaña número 5 contraguerrilla luego de 1 hora de combate.

Resultados: 11 militares muertos y 5 heridos.

Material recuperado: 9 fusiles galil con 62 proveedores y 4.000 cartuchos, 1 lanzagranadas MGL con 35 granadas, 1 cañón, 6 cintas y 500 cartuchos de ametralladora, 8 granadas para mortero, 2 GPS, 4 visores, 1 radio de comunicación, 1 escáner, 15 celulares, 2 radios motorola, 23 equipos de campaña con toda la dotación y material de intendencia, así como documentación importante de inteligencia militar.

Propios: 4 guerrilleros muertos.

Comando Conjunto Adán Izquierdo

FARC-EP.

Montañas de la Cordillera Central,

3 de septiembre del año 2008.

Y como no entiende nada de todo aquello (y le parece muy peligroso) decide abandonar el claro después de picar aquella tierna piel. Demasiado tarde. Cuando la hembra humana se da cuenta del picor, hace un gesto de espanto y se

queda congelada con la mano en alto sobre el insecto volador. El mosquito cadete, presa del pánico, bate las alas desesperado para alzar el vuelo cuando la palma de la joven se precipita y ¡PLAS! Pero el golpe no lo mata, solo lo aturde y consigue huir, describiendo zigzags aéreos, del extraño mundo en el que viven los humanos.

La guerrillera sobrevivirá a la malaria.

Las bombas arrasarán el campamento.

El mosquito será engullido por una iguana.

SUBURBIO

Las banderas de mi casa
son la ropa tendida.

EXTREMODOURO

SIEMPRE QUE SE MONTA EN EL ASCENSOR SE MIRA AL ESPEJO. No lo puede evitar. En un instante es capaz de recrear las situaciones más inverosímiles. Hoy, por ejemplo, se estira los labios, se levanta la nariz con el dedo, cruza los brazos y yergue el mentón en ademán desafiador. Por unos momentos se cree un guerrillero de aguas saladas batallando contra la flota imperial. Hasta que el ascensor completa el trayecto y se encuentra con el portal de buzones rotos y sale del edificio y el paisaje de hormigón le recuerda que en lugar de ballenas su mar está lleno de antenas.

El caso es que Imán muestra una gran aptitud para el transformismo. Esa afición resulta algo incómoda a los ojos de sus amigos, más preocupados por matar el tiempo en la compraventa de todo tipo de objetos. En el suburbio donde viven, ese es el futuro que le espera. Lo espera el maestro del colegio, que le riñe porque ha perdido toda la mañana para ir al centro de salud, el médico que le levanta la camiseta con aquella mirada entre el asco y la lascivia, el kiosquero que se hace el simpático pero que desconfía de él cuando se para a leer los titulares de la prensa y, sobre todo, el joven y altivo

presidente de la República que aparece en la fotografía central de viaje oficioso a Jordania. Pero Imán es todo lo contrario a lo que se presupone. Y no se arrepiente de ello.

Pues bien, esta mañana de sábado Imán ha bajado al jardín (por llamarlo de alguna manera) que hay bajo el edificio 3 y ha desplegado su arsenal de vestidos y trastos. A Imán le encanta ensayar ahí porque, en aquellos descampados, ha pasado toda su vida y se siente cómodo. Sus amigos le miran indiferentes y asqueados desde el otro lado del parque. Pero callan. Son vecinos, se han criado juntos y van a la misma clase. Imán es uno de los suyos y eso le asegura el respeto (que no la burla).

Con cierto desorden, se prueba las prendas del montón mientras espera a Nisrine, que llega tarde como siempre. Cuando ve toda la ropa esparcida por Imán hace una mueca de disgusto. Está harta de aquella extraña pasión de Imán por el mundo de la farándula. Nada más llegar empieza con aquello de que no puede estar haciendo siempre lo mismo, que necesita airearse y acabar con aquello otro de que querer ser actor en el suburbio en el que viven es la idea más absurda que jamás ha escuchado. Más aún, es una puta broma de mal gusto. ¿Pero dónde se piensa que acabará? ¿No ve que solo es un moro del gueto? ¿Por qué no se comporta como los otros y se busca la vida en lo que sea?

A la hora de comer suben a casa y por la tarde vuelven al parque. Es el ritmo de aquel lugar. La tarde es una copia de la mañana, que a su vez es una repetición del día anterior y del otro, y así hasta remontarse a cuando todos arrastraban los pañales por un barrio que les parecía el paraíso.

Se van a cenar y vuelven a los bancos –algunos todavía con el postre en la garganta– con los disfraces, la discusión y la indiferencia. De repente, la chispa salta. Alguien grita desde el bloque 14 y en seguida la alarma se extiende hacia el 13 y el 12 y el 11 y el 10. Las ventanas se encienden y se apagan formando una armonía de luces y conversaciones amplificadas.

das en la noche. «¡Han matado a Rachid! ¡Han matado a Rachid!» gritan. «¿Qué dicen por ahí?» pregunta Imán a Nisrine. Desde el otro lado de la acera, los amigos se levantan y fruncen la nariz, los puños y las nalgas. «¿Rachid? Pero, ¿cómo, cuándo, dónde?». No hay tiempo para pensar. Las columnas de fuego manchan el horizonte de aquel rojo oscuro más propio de las montañas de Afganistán que de un barrio de París. Llega de otros distritos y se propaga veloz. Un coche arde en llamas. Más allá otro. No hay mucho más que pueda arder porque en ese lugar, hasta los bancos resisten a las llamas. En el parque empiezan a desfilar jóvenes y más jóvenes, los del distrito 114 y los del 112. También los hermanos mayores de Omar y su grupo que aparecen con las capuchas negras desde los últimos bloques. Se juntan unos minutos y se ponen de acuerdo en dispersarse con aquella caótica organización que les caracteriza. No temen a nada, no tienen nada que perder. Nunca les han dejado tomar parte en la partida. Pero ahora les ha llegado el turno y no lo dejarán escapar.

Imán lo mira asustado pero rabioso. Rachid, el fallecido, era uno de sus vecinos. Habían crecido juntos con el resto de los del otro lado del parque. Nisrine le coge de la mano e intenta calmarle. Pero no puede. Imán se pone la capucha y se enrolla en uno de los grupos. No pasan ni cinco minutos y ya se ve con unas garrafas de gasolina en las manos. Otros prenden pañuelos y los colocan dentro de las botellas de cristal azul translúcido de esas de bebida isotónica que usan como bombas incendiarias. La gendarmería especial sitia la barriada. Salen por las esquinas de los bloques a decenas. Caen los primeros cócteles molotov. Estallidos. La estrategia es sencilla: golpea, huye, golpea y huye. El ritmo crece. Los antidisturbios disparan bolas de goma y gases. Las llamas, los nervios y los lacrimógenos enloquecen el ambiente hasta el extremo. Lo tensan. Pero nadie desiste.

El grupo en el que actúa Imán decide rodear el edificio 15 y atacar la retaguardia de los gendarmes. Corren agachados

entre los coches. Se esconden tras los mustios matorrales del parque y esperan a que aparezca el furgón de refuerzo. Cuando aparece lo llenan de molotovs. El cielo se ilumina como si esa noche fuera Nochevieja y las bombas caseras, los fuegos artificiales. Caen dos, cuatro, ocho, diez. La tanqueta arde y el fuego alcanza la cabina de los conductores. Un gendarme consigue abrir la puerta y bajar con la espalda encendida. Con el uniforme en llamas parece un superhéroe caído. Levanta un brazo en señal de paz e implora a los jóvenes para que desistan. Cae al suelo incapaz de huir. Los chavales no se detienen. Al contrario, aprovechan para acercarse y atacar la tanqueta a pedradas. Imán, embriagado de aquella impotencia que les quema bajo la piel, salta encima del gendarme al que se le ha atascado la puerta pero al que el fuego aún no le ha calado. Le golpea el abdomen y el pecho. Rápidamente una docena de jóvenes se unen a la paliza. El agente acierta a sacar el arma reglamentaria. Dispara al aire dos veces. Imán se gira con un gesto rápido y preciso y le lanza un codazo en la nariz que lo noquea. Le quita el revólver y lo agita eufórico. Completamente fuera de sí, levanta el arma y dispara una vez. Y otra. Junto a él, los jóvenes golpean al policía en el suelo mientras la tanqueta se consume.

Llegan los refuerzos. Imán reacciona. Por un momento se ha visto dentro de una obra perfecta. Nisrine le grita desde el otro lado del parque. Las lágrimas le cubren la mirada. La realidad les escupe a la cara. Se oyen más disparos. Sangre. Gritos. Confusión.

Imán consigue levantarse y correr hacia ella. La coge por el brazo, se introduce en la oscuridad y desaparece de la escena. Se mete en el portal de los buzones rotos y salta dentro del ascensor. Cuando pulsa el botón no puede evitar el espejo. Nisrine llora en sus brazos. Imán calla y tiembla. Pero todavía entre sollozos saca fuerzas del vientre para dibujar una tímida mueca, se estira los labios, levanta la nariz, cruza los brazos y yergue el mentón con ademán desafiador. Por unos momen-

tos se vuelve a sentir como un guerrillero de aguas saladas batallando contra la flota imperial. Hasta que Nisrine se aparta y le dice que es un imbécil y se lo repite entre empujones y él se defiende cuando el ascensor completa el trayecto y entran en el piso de las paredes grises donde las puertas se cierran y los cuerpos se abren.

El amor es un combate.

Y cuando Nisrine se duerme, Imán asoma la cabeza por la ventana y descubre, ahora sí, miles de antenas convertidas en ballenas surcando tejados de hormigón.

A pesar de las llamas que aún arden.

ESCALOFRÍO

La gente nos imagina caminando
calle abajo con metralletas,
pero lo único que tenemos son unas guitarras,
unos amplificadores y unos tambores.
Ese es nuestro armamento
y es con todo lo que luchamos.

JOE STRUMMER

NKRUMAH LLEGA Y CON ELLA LA ALEGRÍA QUE ACUMULA bajo la piel cuando la canción empieza a entreverse en la retina de los presentes que acuden porque les vibran las tripas tal y como lo hacen las primeras notas y los primeros compases y los primeros toques de percusión avisan del estallido con los ritmos rotos que se entrelazan con la potencia de los vientos y alguien grita que quiere más mientras el bajo se introduce sugerente con riffs que forman bucles cargados de fuerza junto con los teclados que repiten acordes con ese sonido como hipnótico y todos juntos crean la combustión necesaria para encender las mechas que esconden los miles de almas que llenan la antigua nave abandonada y reconvertida ahora en un auténtico teatro de la esperanza y en pocos segundos unas dulces voces inician un coro repetitivo engalanado por las figuras esbeltas de panteras negras que se contornean sobre el escenario viejo y áspero pero repleto de simbolismos del que cuelga una gran pancarta roja con letras blancas que reza «el sida es nuestro enemigo» acompañada de un puño negro cerrado y orgulloso y la música continúa y la sección de vientos

de dos trompetas tres trombones y cuatro saxofones escupe aquellas melodías que enloquecen al público que grita y baila salvaje y que responde a todas las provocaciones del joven cantante y saxofonista negro que ha sido capaz de salir de uno de los guetos más peligrosos e invisibles del mundo para sacudir las privilegiadas conciencias de aquello que llaman sociedad occidental pero él ha seguido viviendo ahí y no ha renunciado a nada porque es feliz con su gente como la canción que crece y proclama desafiadora «seremos libres» «algún día seremos libres» y la guitarra que martillea acordes insistentes y repetitivos como la percusión que ahora combina congas y cajas y cencerros y platos de todos los tamaños y vuelven los vientos que disparan aquella frase potente que rompe los cuerpos y levanta los tobillos de Nkrumah que baila en medio del jolgorio de la pista en la que los sentimientos son caderas que se dejan llevar por la pasión y el cantante y saxofonista vuelve a entonar canciones y ahora grita «mentiras» y continúa «mintieron a la madre, mintieron al padre, mintieron a la abuela, mintieron a los estudiantes y a los observadores internacionales» y los acordes de las guitarras y los teclados y los vientos aligeran el ritmo para envolver la voz suave pero de repente se desbordan en un sorprendente compás y el saxofonista vuelve a gritar «mentiras» «nos han mentido toda la vida» «todo ha sido una gran mentira» y las bocas de los miles que hay allí corean «sí mentiras» y «sí nuestra historia está hecha de mentiras» y terminan con aquello de «traidores de África» y aquella rabia se detiene con un golpe seco de los músicos que hay sobre el escenario que terminan la canción con una nota al aire y después del clamor rabioso del público empiezan otra y otra y así hasta que la noche traspasa los límites que el gobierno corrupto ha estipulado y el concierto debe acabarse y la concurrencia abandona el coliseo de la rabia y del amor y Nkrumah pide a unos compañeros que la acompañen porque a esas horas las noches son extremadamente peligrosas en la ciudad del calor y la conta-

minación y los apagones diarios y la falta de agua y los ocho millones de sombras que viven en ella y el diez por ciento de infectados que sobreviven en ella y los siete se embuten en un viejo coche y recorren el trayecto entre la oscuridad de allí donde habitan las derrotas y Nkrumah llega a su casa de madera de una planta en la que vive con los suyos y se desviste y se acuesta en la cama y cierra los ojos y después la luz y se queda a oscuras y la vida es un virus que le recorre el cuerpo mientras piensa que por un momento por un segundo por un instante aquella música la ha hecho sentirse viva. Viva.